

La maravillosa granja de McBroom

Sid Fleischman

Nació en Brooklin, Nueva York, pero desde hace mucho tiempo vive en California con su mujer y sus tres hijos. Ha escrito varias novelas para adultos con enorme éxito y muchos de los personajes de sus libros para niños se han hecho famosos y han sido llevados al cine.

Fleischman fue ganador, en 1977, del premio Mark Twain, que se otorga al mejor escritor de humor.

Josh McBroom, su esposa Melisa y sus once pequeños pelirrojos: *Will jill hester cester peter polly tim tom mary larry la pequeña clarinda*, viven juntos en una maravillosa granja. Allí pasan emocionantes y extraños sucesos. Y es que ni el propio McBroom sabe lo que la maravillosa granja le puede deparar en el futuro.

ALFAGUARA



ilustración de cubierta
Quentin Blake

DESDE
8
AÑOS



La maravillosa granja de McBroom





McBroom cuenta la verdad

Se han contado tantas rematadas tonterías sobre la maravillosa granja de media hectárea de McBroom que lo mejor será que aclare yo mismo este asunto. Yo soy McBroom. Josh McBroom. En seguida les explicaré lo de las sandías.

Mi intención es la de exponer los hechos, uno tras otro, ordenadamente, tal y como ocurrieron las cosas con toda exactitud.

Comenzó, podríamos decir, el día en que abandonamos la granja de Connecticut. Amontonamos a los niños y todo lo que poseíamos en nuestro viejo cacharro con aire acondicionado y ¡partimos rumbo al Oeste!

Para contar narices, además de la mía estaba mi querida esposa Melissa y nuestros once pequeños pelirrojos:

Willjillhesterchesterpeterpollytommary-larrylapequeñaclarinda.

Era verano y los árboles que bordeaban el camino estaban llenos de pjar de pájaros. Habíamos llegado ya hasta el Estado de Iowa cuando mi esposa Melissa hizo un descubrimiento sorprendente. Llevábamos con nosotros *doce* niños: ¡sobraba uno! Acababa de contarlos una vez más.

—Frené bruscamente y levanté una nube de polvo.

—¡*Willjillhesterchesterpeterpollytommarylarrylapequeñaclarinda!*—grité—. ¡En fila!

Los niños fueron saliendo a empujones del auto. Conté narices y había doce. Conté de nuevo. Era desconcertante porque todas las caras resultaban conocidas. Volví a contar, pero esta vez pillé a Larry colándose por detrás. Estaba haciendo que contáramos su nariz dos veces, y así se aclaró el misterio. ¡El muy pillito! Pero nos hizo gracia, y aprovechamos para estirar las piernas.

Justo en ese momento, un hombre flaco y patilargo se nos acercó andando

pausadamente por el camino. Estaba tan flacuchento que estoy seguro de que podía esconderse detrás del palo de una escoba, con orejas y todo. Llevaba un cuello postizo alto y tieso, un alfiler de diamante prendido a la corbata y sombrero de paja.

—¿Qué se le ha perdido, vecino?—preguntó, escupiendo las pepas de una manzana verde que se estaba comiendo.



—Nada —dije—; nos dirigimos rumbo al Oeste, señor. Hemos abandonado nuestra granja: la mitad era pura roca y la otra mitad troncos secos de árboles. La gente dice que en el Oeste hay buena tierra y que el sol brilla en invierno.

El campesino frunció el ceño.

—Para tierras de cultivo no hay nada como Iowa —afirmó.

—Quizá —asentí—. Pero ando escaso de fondos. A no ser que regalen tierras en Iowa seguiremos el rumbo.

El hombre se rascó la barbilla.

—Mire, tengo más tierra de la que puedo labrar. Parecen ustedes buena gente. Me gustaría tenerlos de vecinos. Les dejaré cuarenta hectáreas bien baratas. Ni una piedra ni rastro de troncos secos de árboles en todo el terreno. Hágame una oferta.

—Muy agradecido, señor —le sonreí—, pero me temo que se reiría de mí si le ofreciera todo lo que llevo en mi billetera.

—¿Cuánto lleva? —preguntó el campesino.

—Exactamente diez dólares.

—¡Vendido! —exclamó.

Bueno, casi me atraganto del susto. Pensé que estaría bromeando, pero más rápido que una pulga se puso a garabatear un trato en la solapa de un sobre viejo.

—Vecino, mi nombre es Héctor Jones —declaró—. Pero puede llamarme Heck, como todo el mundo.

¿Puede haber en el mundo un hombre más amable y generoso? Firmó el trato con una firma adornada y abrí el broche de mi billetera entusiasmado. Salieron tres polillas blancas como la leche. Habían estado alimentándose del billete de diez dólares desde que salimos de Connecticut, pero quedaba aún suficiente para comprar la granja. ¡Y sin rastro de piedras ni troncos secos de árbol!

Mr. Heck Jones saltó sobre el estribo y nos guió camino arriba un par de kilómetros. Mis niños intentaron distraerle durante el camino. Will movió las orejas y Jill se puso turno. Chester arrugó la nariz como un conejo, pero comprendí que el Sr. Jones no estaba acostumbrado a los niños. Hester batió los brazos como un pájaro, Peter silbó por entre los dientes

delanteros que le faltaban y Tom se puso a hacer morisquetas en la parte de atrás del auto, pero el Sr. Heck Jones no hizo caso a ninguno de ellos.

Finalmente, levantó su enorme brazo y señaló en la distancia.

—Ahí está su propiedad, vecino —dijo.

¡Debían habernos visto saltar del auto! Contemplamos encantados nuestra nueva granja. Era amplia y soleada, con un roble sobre una suave loma. Claro que tenía un defecto. Del lado del camino se extendía una laguna de media hectárea, de aspecto pantanoso. En un sitio así se podía perder una vaca, pero aquello era una ganga, de eso no había duda alguna.

—Mamá —le dije a mi querida Melissa—. ¿Ves ese magnífico roble sobre la loma? Ahí es donde construiremos nuestra casa.

—Nada de eso —dijo Mr. Heck Jones—. Ese roble no está en su propiedad. Lo suyo es todo lo que ven bajo agua. Ni rastro de roca ni troncos secos de árbol, tal como les dije.

Pensé que nos estaría jugando una pequeña broma, aunque no había ni la más mínima sonrisa en su cara.

—Pero, ¡señor! —dije—. ¡Usted afirmó muy claramente que la granja tenía cuarenta hectáreas!

—Exactamente.

—¡Pues esa laguna pantanosa apenas si cubre media hectárea!

—Se equivoca usted —dijo—. Hay exactamente cuarenta hectáreas, una encima de la otra, como un pastel de hojaldre. Yo nunca dije que su granja estuviera toda sobre la superficie. Tiene cuarenta hectáreas en profundidad, Sr. McBroom. Lea el contrato.

Leí el contrato. Era verdad.

—*Jii-jii, jii-jii* —resopló—. ¡Buena la broma que le hice ah, McBroom! Buenos días, vecino.

Se largó a hurtadillas, riéndose para sus adentros, hasta llegar a su casa. Pronto me enteré de que el Sr. Heck siempre se reía para sus adentros. La gente me dijo que cuando colgaba su abrigo y se metía en la cama, toda esa risa de dentro le

salía hacia fuera y lo tenía en vela toda la noche. Pero eso no es verdad.

Dentro de un momento les contaré lo de las sandías.

Pues bien, ahí estábamos plantados mirando nuestra granja de media hectárea que no servía para nada más que para zambullirnos en ella en un día de calor como ese. Y además hacía más calor que nunca. Se batió el récord de calor, según supe más tarde. Aquel fue el día en que, tres minutos antes de las doce, los campos de maíz del Estado de Iowa explotaron de cabritas. Eso es historia. Seguro que lo han leído ya en alguna parte. Hay fotos que lo prueban.

Me dirigí hacia nuestros niños.

—¡Willjillhesterchesterpeterpollytimtommarylarrylapequeñaclarinda—dije—. Siempre hay un lado bueno en todas las cosas. Esta laguna que hemos comprado está un poco llena de barro, pero es agua: ¡al agua patos!

La idea fue acogida favorablemente y en un abrir y cerrar de ojos estábamos con los trajes de baño puestos. Di la señal y empezamos la carrera. En ese instante nos cayó

encima tal ráfaga de sequía que aterrizamos sobre media hectárea de tierra seca. La laguna se había evaporado. Fue muy sorprendente.

Los niños habían saltado de cabeza y no se veía de ellos más que las piernas dando patadas en el aire. Los tuve que arrancar de la tierra como a zanahorias. Algunas de las niñas estaban aún sujetándose las narices. Por supuesto que fue una amarga decepción ver desvanecerse ante nuestros ojos aquella piscina.



Pero en el momento en que apreté un terrón entre los dedos, a mi corazón de granjero se le escapó un latido. Aquel fondo de estanque era suave y rico como la seda negra.

—¡Mi querida Melissa! —grité—. Ven a ver. Esta tierra es tan buena que debería guardarse en un banco.

Me encontraba fuera de mí de excitación. Aquella tierra gloriosa parecía estar suplicando que la sembrasen. Mi querida Melissa había traído un saco de porotos, y mandé a Will y a Chester a buscarlo. No hacía ninguna falta que nos molestásemos en arar aquella tierra. Dirigí a Polly para que hiciera un surco recto con un palo y a Tim para que la siguiese, cavando agujeros en la tierra. Luego me acerqué yo. Dejé caer un poroto en cada agujero y lo aplasté con el talón.

Pues bien, apenas había avanzado un par de metros, cuando sentí rozar contra mi pie algo verde y con hojas. Miré hacia atrás. Un tallo de porotos verdes avanzaba a toda prisa buscando un palo al que trepar.



—¡Válgame Dios! —exclamé—. ¡Esta tierra sí que es rica!

Los tallos se extendían ante nuestra vista por todas partes. Tuve que apresurarme para que no me alcanzaran.

Cuando llegué al final del surco los primeros tallos habían florecido, se habían formado las vainas y se podían ya recoger.

Pueden imaginarse nuestra excitación. Las orejas de Will se agitaban. Los ojos de Jill estaban turnios. La nariz de Chester se retorció. Los brazos de Hester subían y bajaban. El hueco del diente que

le faltaba a Peter silbaba. Y Tom hacía morisquetas.

—¡Willjillhesterchesterpeterpollytimtommarylarryyla pequeña clarinda! —grité—. ¡A recoger los porotos!

Al cabo de una hora habíamos plantado y recogido toda la cosecha de porotos. Pero, ¡qué calor hacía bajo aquel sol! Mandé a Larry a buscar una buena bellota por el camino. La plantamos, pero no creció ni la mitad de rápido de lo que yo esperaba. Tuvimos que esperar nuestras buenas tres horas antes de poder disfrutar de un árbol que nos diera sombra.



Acampamos bajo nuestro alcornoque y al día siguiente nos acercamos a Barnsville con nuestra cosecha de porotos. Las canjeé por semillas diversas: de zanahorias, de remolacha, de repollo y de alguna otra cosilla. El tendero encontró en el fondo del cajón algunos granos de maíz que aún no habían explotado.



Pero descubrimos que el maíz era lo más peligroso de plantar. Los tallos se disparaban con tanta rapidez que nos despellejaban la nariz.

Claro que tenía un secreto aquella tierra. Vino un enviado del gobierno y realizó un estudio del caso. Dijo que hacía tiempo había existido un inmenso lago en aquella parte del Estado de Iowa. Como pueden imaginar, había tardado miles de años en encoger hasta convertirse en nuestra laguna. El lago debió haber estado abarrotado de peces: como sardinas en lata, y no hay nada como el pescado para nitrogenar la tierra. Eso es científico. El nitrógeno hace que las cosas crezcan más rápido que nada. ¡Y es verdad que encontramos de vez en cuando alguna espina de pescado!

No tardó mucho en aparecer el Sr. Heck Jones a hacernos una visita de cortesía. Venía comiendo un nabo crudo. Cuando vio que estábamos plantando y cosechando repollos se le salían los ojos de las órbitas. Casi le costó la vista.

Se fue a hurtadillas, mascullando para sus adentros.

—Mi querida Melissa —dije—. Ese hombre está maquinando algo malo.

La gente del pueblo me había dicho que el Sr. Heck Jones tenía la peor tierra de Iowa. No podía deshacerse de ella. Los vientos de los tornados habían arrasado la capa superior de tierra y habían dejado al descubierto el terrazo duro. Tenía que ararlo con cuñas y fierros. Un día oímos una ráfaga de disparos del otro lado de la loma, y mis chiquillos la escalieron para averiguar qué estaba pasando. Resultó que estaba plantando semillas con una escopeta.

Mientras tanto, nosotros seguimos con nuestro trabajo en la granja. No me importa decir que al poco tiempo nos habíamos embolsado un buen beneficio. Allá en Connecticut teníamos suerte si recogíamos una cosecha al año. Ahora estábamos plantando y recogiendo de tres a cuatro cosechas al día.

Pero había cosas con las que teníamos que tener cuidado. Una de ellas eran los yerbajos. Mis niños se turnaban para vigilar las malas hierbas. En el momento

en que brotaba una del suelo, se lanzaban hacia ella y la escardaban hasta destrozarla. Pueden imaginarse lo que hubiera sucedido si dejáramos crecer las malas hierbas en tierras tan ricas como las nuestras.

También teníamos que tener cuidado con la hora en que plantábamos. Una vez plantamos lechugas justo antes de que mi querida Melissa tocara la campana para la cena. Mientras comíamos, la lechuga granó y dio semillas. Perdimos toda la cosecha.

Un día volvió el Sr. Heck Jones con una sonrisa de oreja a oreja. Había inventado una trampa en el contrato que nos hacía dueños de la granja.

—*Jii-jii* —rió. Estaba masticando un rábano—. Se la voy a armar, vecino McBroom. El contrato dice que tenía que pagarme *todo* lo que llevaba en la billetera. ¡Y *no* lo hizo!

—Todo lo contrario, señor —respondí—. Diez dólares. No había ni un céntimo más en mi billetera.

—Había polillas en la billetera. Las vi escaparse volando. Tres polillas blancas como la leche, McBroom. Quiero

tres polillas antes de que den las tres de esta tarde, de lo contrario pretendo recuperar la granja. *Jii-jii*.

Se dio media vuelta y se fue a hurtadillas, riéndose para sus adentros.

Mamá estaba tocando la campana de la cena en ese momento, así que no teníamos mucho tiempo. ¡Que el diablo se lleve a ese hombre! Pero no hay duda de que tenía la ley de su lado.

—*Willjillhvesterchesterpetetpollytimtommarylarryylapequeñaclarinda* —dije—, tenemos que atrapar tres polillas blancas como la leche.

Nos lanzamos en todas direcciones. Pero las polillas son casi imposibles de localizar durante el día. Lo intentamos. Volvimos todos con las manos vacías.

Mi querida Melissa empezó a llorar, porque estábamos ya seguros de que perderíamos nuestra granja. Tengo que reconocer que las cosas se ponían negras. ¡Negras! ¡Eso *etá!* Mandé a los niños corriendo camino abajo hasta un pino solitario que había al borde del camino y les dije que volvieran volando con un buen puñado de piñas.



¡Tenían que habernos visto trabajar! Plantamos una piña a cada metro. Nos quedamos de pie a su alrededor con el alma en vilo, y yo no hacía más que mirar mi reloj de bolsillo. En seguida les cuento lo de las sandías.

Dicho y hecho: a las tres menos diez minutos, aquellas piñas habían formado un espeso bosque de pinos.

¡Y dentro estaba completamente oscuro! No se filtraba ni un solo rayo de sol por entre las espesas ramas verdes de los pinos. Me adentré en lo profundo del bosque y encendí una linterna. No había transcurrido ni un minuto cuando me vi rodeado de polillas blancas como la leche: ¡creían que era de noche! Cacé tres al vuelo y salí corriendo del bosque.

Allí estaba el Sr. Heck Jones con el sheriff.

—*Jii-jii, jii-jii*—reía el viejo Heck. Estaba comiéndose un membrillo—. Son las tres en punto y no se pueden atrapar polillas de día. ¡La granja es mía!

—¡Alto ahí, vecino Jones!—dije, con las manos juntas formando un hueco—. Aquí están las tres polillas. Y ahora, ¡largo de aquí, señor, antes de que les salgan raíces a sus pies y les crezcan ortigas venenosas en las orejas!

Se largó deprisa, musitando para sus adentros.

—Mi querida Melissa—dije—, este hombre maquina algo malo. Volverá.

Nos costó buen trabajo deshacernos de toda la leña, les aseguro. Llevamos parte de los pinos a una barraca y nos construimos una casa en la esquina de la granja. Lo que sobró se lo regalamos a nuestros vecinos. Nos pasamos semanas arrancando raíces del suelo.

Pero no quiero que piensen que no hacíamos más que trabajar en la granja. Algunas semillas las plantábamos solo para divertirnos. Por ejemplo, zapallos. Las parras crecían tan rápido que casi no nos daba tiempo de cosechar los zapallos. Había que verlo. Los niños se quedaban agotados de tanto correr detrás de ellos. A veces hacían carreras de zapallos.

Los domingos por la tarde, solo para entretenernos, los niños mayores plantaban una semilla de zapallo e intentaban montarse encima para dar un pasco. No era fácil. Había que agarrarse en el mismo instante en que caía el capullo y el zapallo empezaba a engordar. ¡Pluff! Te arrancaba del suelo y te mandaba volando por los aires hasta que se desplomaba. A veces utilizaban pulpa de plátano, que era más rápida.



Y las niñas aprendieron a montar en los tallos de maíz como si fueran saltimbanquis. No consistía más que en ponerse de pie sobre un grano en el momento en que el tallo salía disparado de la tierra. Les proporcionaba unos buenos brincos.

Veíamos al Sr. Heck Jones de pie sobre la loma en la distancia, mirándonos. No descansaría hasta conseguir desplazar-nos de nuestra tierra.

Entonces, una noche, ya tarde, me despertó el ruido de unos rebuznos fuera de la casa. Me acerqué a la ventana y vi al viejo Heck bajo la luz de la luna. Estaba cacareando, cojeando, rebuznando y rechinando y salpicando semillas por todos lados.

Me quité el camisón y me precipité hacia fuera.

—¿Qué fechoría estás preparando, vecino Jones? —le grité.

—*Jii-jii* —contestó, y se marchó a hurtadillas, riéndose para sus adentros.

Como se pueden imaginar, me pasé la noche en vela. A la mañana siguiente, tan pronto como salió el sol, la granja amaneció plagada de malas hierbas. ¡Jamás han visto yerbajos semejantes! Brotaron altos de la tierra y se estrujaban furiosamente unos contra otros: hinojos, espigas, cardos y girasoles salvajes. En un abrir y cerrar de ojos formaron una tupida red de varios metros de espesor que no dejaba de crecer.

Nos esperaba un buen combate. ¡les aseguro!



—¡*Willjillhesterchesterpeterpollyimtommarylarryyla pequeña clarinda!* —grité—. ¡Manos a la obra!

Empezamos a cavar con el azadón

y el machete. Por cada hierba que arrancábamos germinaba otra. Tardamos un buen mes enterito en combatir aquellos yerbajos. Si no se hubiesen lanzado nuestros vecinos en nuestra ayuda, aún estaríamos quemando hierbas.

Por fin, un día la granja quedó limpia, y ¿quién creen que apareció? El viejo Heck Jones. Estaba comiéndose una rodaja de sandía. De eso es de lo que os quería hablar.

—Buenas, vecino McBroom —dijo—. Vengo a despedirme.

—¿Se va usted, señor? —le pregunté.

—Yo no, usted.

Lo encaré de frente, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Y si no me fuese, señor?

—Pero, ¡jii jii! ¡McBroom! ¡Quedan cientos de semillas de malas hierbas en el mismo sitio de donde vinieron las otras!

Yo estaba fuera de mis casillas. Me remangué los codos, dispuesto a darle una paliza de esas que no se olvidan. Pero lo



que ocurrió a continuación me ahorró la molestia.

Según se le acercaban mis peques, el Sr. Heck Jones cometió el error de escupir una bocanada de semillas de sandía.

¡Sí que se precipitaron los acontecimientos!

Antes de que pudiera darme bien cuenta de lo que había hecho, se empezó a enrollar una parra de sandía en torno a las piernas de Heck y en un abrir y cerrar de ojos lo había levantado del suelo. Se disparó volando en todas direcciones por encima

de la granja. Las semillas de sandía también volaban. Al momento volvió zumbando y chocó contra un zapallo que había quedado del domingo. En menos que canta un gallo las sandías y los zapallos empezaron a brotar por todas partes atizándole golpes como locos. Heck se disparaba en todas direcciones. Las sandías chocaban y explotaban. El viejo Heck estaba tan empapado de pulpa de sandía que parecía que acababa de salir de un tarro de salsa de tomate.

¡Vaya espectáculo! Will estaba ahí meneando las orejas. Jill se ponía turno. Chester retorció la nariz. Hester agitaba los brazos como un pájaro. Peter silbaba por entre los dientes delanteros, que ya le habían crecido. Tom hacía morisquetas. Y la pequeña Clarinda dio su primer paso.

Para entonces las sandías y los zapallos empezaban a pegarse entre ellos mismos. Me figuré que el Sr. Jones quería volver a su casa lo antes posible, así que le pedí a Larry que me trajera la semilla de un plátano grande.

—*Jii-jii!* Vecino Jones —dije, y le

planté la semilla a sus pies. Apenas si me dio tiempo de despedirme antes de que la enredadera se apoderara de él. Un enorme tallo de plátano lo transportó en un santiamén hasta su casa. Ojalá hubiesen estado allí para poderlo ver. No volvió ya nunca jamás.

Y esta es la pura y santa verdad. Cualquier otra cosa que oigan sobre la maravillosa granja de media hectárea de McBroom no es más que una mentira del porte de un buque.



McBroom y el vendaval

No se puede negar: a veces corre algo de vientecillo aquí en la pradera. Sin ir más lejos, el año pasado sopló un viento por encima de nuestra granja que arrastró con él un balde de leche fresca. Al día siguiente volvió a buscar la vaca.

Pero no era ese el feroz viento ululante del que quería hablarles. Aquello no fue más que un pequeño soplo sobre la pradera. Sin importancia, en realidad. Apenas si puede uno alardear de él.

El que me rompió la pierna fue el gran viento. No pretendo que me crean... aún. Lo mejor será que empiece contando lo del vientecillo menor y que poco a poco vaya llegando al huracán que me rompió la pierna.

Recuerdo perfectamente el primer viento sobre la pradera que llegó precipitándose después de comprar nuestra maravillosa

granja de media hectárea. ¡Señor! Esa tierra sí que era rica. La mejor tierra del país. No hay ni una sola cosa que no crezca en nuestra tierra, y más rápido que un rayo.

En la mañana de la que les hablo, los niños me estaban ayudando a poner tejas de madera en el techo. Yo había comprado un saco de clavos, pero pronto comprobé que eran un poco cortos. Los enterramos en nuestra maravillosa tierra y los empapamos bien de agua. Al cabo de cinco minutos habían crecido lo menos un par de centímetros.

Así que allí estábamos, encima del tejado, martillo en mano, dándole a las tablillas. Al principio no había en el cielo ni una sola nube. Los pequeños jugaban a las bolitas por toda la granja y las niñas saltaban la cuerda. Cuando hube clavado la última teja me dije a mí mismo: «Josh McBroom, este tejado sí que está sólido. Durará cien años».

Justo en ese momento sentí una brisilla recorriéndome la nuca. Un momento después, una de las niñas —fue Polly, recuerdo— me gritó:

—Papá, ¿tienen alas las liebres?

Yo sonreí.

—No, Polly.

—Entonces, ¿cómo es que hay una bandada de liebres volando sobre la casa?

Miré hacia arriba. ¡Santo cielo! Cientos de conejos volaban por encima de nosotros en formación de V perfecta, agitando las orejas. En ese momento me di cuenta de que se nos venía encima un ligero vendaval.

—Corran todos —les grité a los niños. No quería que el viento los agarrara de las orejas y se los llevara dando tumbos por los aires.

¡Willjillhesterchesterpeterpollyximtommarylarryyla pequeña clarinda, a casa!, ¡corriendo!

El cordel de la ropa estaba empezando ya a dar latigazos como cuando los niños baten la cuerda para saltar. Mi querida esposa, Melissa, que había estado preparando una hornada de galletas, abrió la puerta de par en par. Nos precipitamos adentro justo a tiempo. El viento nos perseguía los talones como una manada de lobos,

con la intención de colarse hasta dentro e instalarse como en su casa. Los vientos de las praderas no tienen educación ninguna.

Le dimos con la puerta en las narices. Pero ese viento no se lo tomó a bien. Golpeó y embistió contra la puerta mientras todos nosotros la empujábamos y sujetábamos para mantenerla cerrada. ¡Dios! ¡Qué combate! ¡Cómo crujía y temblaba la casa!

—Empujen, corderitos míos —grité—. ¡Fuerza!

En ocasiones las tablas de la puerta se curvaban como las de un barril, pero conseguimos dejar al otro lado a aquel viento ululante. Cuando comprobó que no había manera de atravesarnos, el céfiro se coló rodeando la casa hasta llegar a la puerta trasera. No obstante, nuestro hijo mayor, Will, fue más listo que él. Apiló la hornada de galletas recién hechas de mamá detrás de la puerta trasera. Mi querida esposa, Melissa, es una maravillosa cocinera, pero sus galletas son tremendamente pesadas. Proporcionaron un magnífico contrapeso para la puerta.

Pero lo que más me preocupaba era nuestra maravillosa tierra. Aquel viento ladrón era capaz de arrebatárnosla dejándonos con un agujero sin valor en el suelo.

—Empujen, corderitos míos —grité—. ¡Fuerza!

El combate persistió durante una hora. Finalmente, el viento se dio por vencido y dejó de golpearse tontamente contra nuestra puerta. Con un enorme y rabioso suspiro se dio media vuelta y salió de estampida, llevándose por delante los postes de la valla.

Respiramos todos profundamente y yo entreabrí la puerta. Apenas si se movía una hoja del suelo. Un pájaro empezó a piar. Me precipité hacia fuera hasta nuestra pobre granja de media hectárea.

¡A Dios gracias! Lo que vi me dejó boquiabierto.

—¡Melissa! —grité con regocijo—. ¡Will! ¡Hester! ¡Peter! ¡Chester! ¡Polly! ¡Tim! ¡Tom! ¡Mary! ¡Larry! ¡La pequeña! ¡Clarinda! Vengan aquí, corderitos míos. ¡Miren!

Miramos todos maravillados. Nuestra tierra aún estaba allí: no faltaba ni una

pizca. ¡Benditos niños! Los niños, habían dejado olvidadas las bolitas por todo el campo, y habían aumentado hasta tener el tamaño de enormes rocas. Ahí estaban, ágatas gigantes y cristales centelleantes, reteniendo nuestra preciosa tierra.

Pero aquel viento tumultuoso no se fue con las manos vacías. Arrancó las tejas recién instaladas de nuestro techo. Y arrancó también los clavos, no se crean. Más tarde descubrimos que el viento había destejado todas las madrigueras de la comarca.

Pues bien, aquel fue un buen vendaval, pero no fue ese el gran viento. Ni comparación tuvo con el que me rompió la pierna. De todos modos, aquella ráfaga sobre la pradera me enseñó bastante.

—Niños —dije, después de que hubimos rodado aquellas bolitas gigantes ladera abajo—. El próximo viento que se nos venga encima nos pillaré prevenidos. No hay mal que por bien no venga. Tengo la sensación de que el viento va a sernos de utilidad en nuestra granja si le hacemos saber quién manda aquí.

La siguiente vez que apareció el vendaval hicimos que trabajara para nosotros. Nos labró la tierra. Rasgué una sábana en trozos y los amarré bien a nuestro arado. Tan pronto como comenzó a batir la brisa empecé a empujarlo de un lado para otro por toda la granja, arando según avanzaba. Nuestro hijo Chester aró una vez toda la granja en menos de tres minutos.

En la mañana del día de Acción de Gracias, mamá les dijo a las niñas que desplumaran un gran pavo para la cena. Era una tarea que no les gustaba mucho, pero en ese momento llegó otro vendaval sobre la pradera. Las niñas ataron el pavo fuera de la ventana y el viento lo desplumó hasta la última pelusa.

Sí, nos pusimos muy contentos al ver acercarse aquella ráfaga. Los niños siempre estaban queriendo salir a jugar con el viento, pero Mamá tenía miedo de que se los llevara por los aires. Así que les construimos suecos a prueba de viento con sólidas ollas de fierro. Afuera, en el viento, resultaban ligeros como plumas. Las niñas

saltaban al cordel con las cuerdas de la ropa. El viento hacía girar la cuerda, claro.

Más de una vez vi a los niños ponerse los zuecos a prueba de viento y empezar a dar zancadas por todos lados con un gran embudo de latón y todas las botellas y jarras vacías que encontraban. Rellenaban aquellos recipientes hasta el borde con viento de la pradera.



Luego, al llegar el verano, cuando no corría ni una brizna de aire, descorchaban una botella o dos de vintecillo fresco de invierno. ¡Se resbalaban de la brisa.

Naturalmente, cada otoño teníamos que preparar la granja contra el viento. Plantábamos el campo de hierba con jabón. Era muy resbaladiza, me imagino que a causa de todo aquel jabón que tenía. El viento se deslizaba por encima y escapaba de la granja sin conseguir hacerse con una pizca de tierra. Para entonces los niños y yo habíamos vuelto a poner tejas en el techo. Empleamos tornillos en lugar de clavos.

¡Horror...! Entonces llegó el gran viento.

Empezó muy suavemente. Solo había algunas liebres y un par de vacas volando hacia atrás por los aires. Nada fuera de lo corriente.

Naturalmente las niñas salieron para saltar al cordel con las cuerdas de la ropa y los niños se afanaban rellenoando botellas con viento para el verano. Mamá acababa de hornear una bandeja de galletas. ¡Vaya si olían bien! Me comí más de

una docena apenas salieron del horno. Y resultó ser un tremendo error.

Afuera, el viento estaba tomando velocidad a ras del suelo y derribando a su paso los postes de las vallas.

—¡Willjillhesterchesterpeterpollytimtommarylarryyla pequeña clarinda! —grité—. Para adentro, corderitos míos. ¡Ese viento se está poniendo terco!

Los niños entraron en tropel y se quitaron los zuecos de viento. ¡Justo a tiempo! Las cuerdas de la ropa empezaron a dar latigazos en redondo tan rápido que ni se las veía. Luego vimos acercarse un corral volando por los aires, con todas las gallinas adentro.

El cielo se estaba poniendo oscuro y atemorizante. El viento venía del norte lejano, ululando y chillando y agitando la casa. En el armario, las tazas tintineaban sobre los platillos.

Al poco rato vimos unas enormes bolas de pieles rodando por toda la pradera como si fueran remolinos de hierbas secas. Resultó que eran lobos de los bosques del norte. Y luego apareció, dando

bandazos por la granja, un viejo tronco hueco que se rompió en dos contra mi tronco de partir madera. Un oso negro salió rodando, ¡y con qué genio! Había estado intentando hibernar y no le hizo ninguna gracia que lo despertaran. Lanzó un gruñido y se puso a buscar a alguien a quien perseguir. Nos vio mirando por las ventanas y decidió que le servíamos.

Con solo verle, los niños se quedaron lívidos y se arremolinaron todos juntos, tomados de la mano, al lado de la chimenea.

Descolgué mi escopeta y abrí la ventana. ¡Eso sí que fue un error! Sucedió dos cosas de golpe. El oso se nos estaba acercando y con la prisa se me había olvidado calcular la dirección del viento. Se acercó dando gruñidos por el lateral de la casa, y cuando saque el cañón de mi escopeta por la ventana, bueno, el viento lo dobló por la mitad. Aquel disparo salió pitando en dirección al sur. Más tarde descubrí que había derribado un par de patos allá en México.

Pero peor que eso fue que al abrir la ventana entró tal ráfaga de viento que



nuestros niños ¡salieron aspirados por el tubo de la chimenea! Iban tomados de la mano y se subieron arrastrados como una sarta de chortzos.

Mamá casi se cae desmayada.

—Mi querida Melissa —exclamé—. ¡No te preocupes! ¡Yo te traeré de vuelta a nuestros niños!

Fui a buscar un cordel y me precipité hacia fuera. Podía ver a los niños en lo alto del cielo volando en dirección sur.

También podía ver al oso y él podía verme a mí. Dio un gruñido mostrando una hilera de dientes que parecían clavos roñosos. Se levantó sobre sus patas traseras y se me acercó con unos ojos que le brillaban como bolas de fuego.

No quería tener que batallar con aquel monstruo, así que me escabullí detrás de los cordeles de la ropa. Con un ojo no perdía de vista al oso y con el otro miraba a los niños. Estaban ahora volando sobre la comarca y apenas si tenían el tamaño de unos mosquitos.

El oso cargó hacia mí. El viento estaba agitando los cordeles de la ropa tan

rápido que no podía verlos. Y arremetió de plano contra ellos. ¡Dios! ¡Qué brincos daba! Saltaba como un ají rojo, solo que más rápido. Se había quedado atrapado entre el cordel y no podía saltar afuera.

Así que yo no perdí ni un instante. Empece a agitar los brazos como un pájaro. Era un gran viento, tan enorme que me imaginé que podría seguir a los niños volando. El viento me daba tirones e intentaba aspirarme, pero no era capaz de levantarme ni un ápice del suelo.

¡Demonios! Había comido demasiadas galletas. Pesaban como plomo y me sujetaban al suelo.

Los niños se habían perdido casi de vista. Corrí hacia el granero a buscar el arado de viento. Una vez en la brisa, la sábana se infló. Salí disparado como una bola de cañón, dejando un profundo surco a mi paso.

¡Pero qué velocidad! Hacía una velocidad media mucho mayor que la de mis niños. No quitaba las manos del mango del arado y lo conducía por entre graneros y establos. Vi cómo estallaban haces de paja por el viento. De aumentar aún más el

vendaval no me hubiera sorprendido ver volar al sol. Seguro que antes de mediodía habría llegado al sur.

Seguí arando sin parar y al cabo de un momento había alcanzado a los niños. Seguían tomados de la mano justo por encima de las copas de los árboles. Al poco tiempo estaba al alcance de sus oídos.

—Valor, corderitos míos —les grité—. ¡No se suelten!



Aceleré en dirección suya hasta que sus sombras se cruzaron en mi camino. Pero la sábana estaba tan inflada de viento que no podía detener el arado. Antes de que pudiera soltar el mango y saltar había navegado varios metros por delante de los niños.

Solté la cuerda hacia arriba.

—¡Willjilhvesterchesterpeterpollytimtommarylarrylapequeñaclarinda! —les grité a medida que se me acercaban por los aires—. ¡Aguanten firmes!

A Hester se le escapó la sogá, lo mismo que a Jill, y a Peter, pero Will consiguió agarrarla. Tuve que clavar los talones firmes en la tierra para poderlos sujetar. Y luego empecé a retroceder. Los niños eran demasiado livianos para el viento. Colgaban del aire. Tuve que arrastrarlos a casa tirando del cordel como si fueran globos.

Naturalmente, demoré casi el día entero en recorrer marcha atrás el camino hasta nuestra casa. Fue un combate titánico, ¡les aseguro! Era ya casi la hora de la cena cuando divisamos delante de nosotros

la granja, y aquel oso negro seguía saltando al cordel.

Tiré de los niños hasta meterlos en casa. ¡Los muy traviosos! ¡Se habían divertido de lo lindo volando por los aires y querían hacerlo otra vez! Mamá los metió en la cama con los zuecos a prueba de viento puestos.

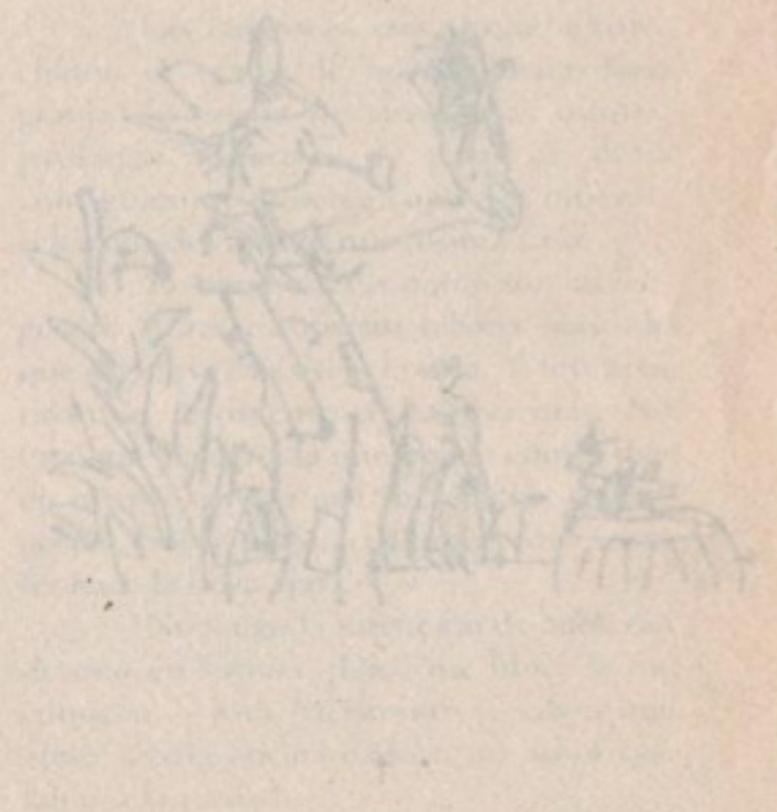
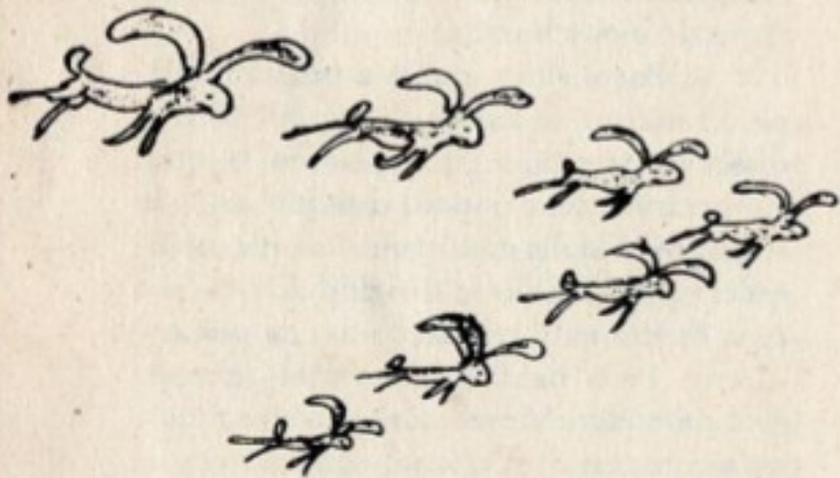
El viento sopló toda la noche, y a la mañana siguiente el oso seguía saltando al cordel. Tenía la lengua fuera y había adelgazado tanto que no era más que un ramo de piel y huesos.

Por último, como a media mañana, el viento se cansó de soplar en una dirección y empezó a soplar en la otra. Empezamos a sentir pena de aquel oso y lo soltamos. Estaba tan apaleado que ni siquiera gruñó. Solo se dirigió hacia la leña para buscar otro tronco hueco en que cobijarse. Pero había olvidado el delicado arte de andar. Vimos cómo daba saltos y más saltos en dirección al norte hasta que lo perdimos de vista.

Aquel fue el enorme, ululante, titánico, gran viento que me rompió la pierna.

No solo había arrancado los postes de las vallas, sino hasta los agujeros. Dejó caer uno de esos hoyos justo ante la puerta de nuestro granero y yo metí el pie.

Esa es la pura verdad. Todo el mundo de la pradera sabe que Josh McBroom antes se partiría una pierna que contar una mentira de grueso calibre.



La mazorca de McBroom

Las langostas, esas sí que aprovecharon el viento de nuestra maravillosa granja de media hectárea. Esas astutas, patilargas, saltarinas de patas de sierra consiguieron, muerde que te muerde, echarnos de nuestra mismísima casa.

Ya saben ustedes cómo son las langostas. Antes escupirían tabaco mascado que dignarse mirarte a la cara. Y son unas criaturas terriblemente hambrientas. No creo que haya nada que pueda comer más en menos tiempo que un ejército de langostas. Sobre todo, cualquier cosa verde les hace la boca agria.

No tengo la intención de hablarles de esto en broma. ¡Dios me libre! Si me conocen — Josh McBroom —, saben que antes viviría encaramado a un árbol que faltar a la verdad.



Será mejor que empiece contando lo del tiempo. El verano acababa de empezar, pero los días no eran ni la mitad de calurosos aún que lo que necesitan las langostas. Los niños me estaban ayudando a excavar un pozo y hablaban de plantar todo tipo de cosas para concurrir a la Feria Comunal.

Supongo que ya han oído hablar de lo fertilísima que era nuestra granja. Cualquier cosa crecía en ella en un satiamén. Las semillas estallaban en la tierra y las plantas se disparaban delante de nuestras mismísimas narices. ¡Vaya! Sin ir más lejos, ayer mismo uno de los niños mayores dejó caer una moneda de cinco centavos y antes de

que pudiera encontrarla, la monedita se había convertido en un cuarto de dólar.

Una mañana temprano se nos acercó, paseando por el camino, un campesino delgaducho con el pelo revuelto. ¡Cristo! ¡Vaya si era alto! Estoy seguro de que si se le cayera el sombrero, tardaría al menos un par de días en llegar al suelo.

—¡Buenas, señor! —dijo—. Yo soy Juan-Cara-Fina, de aquí, allá y otros lugares. Le pinto el establo a buen precio.

Aquel hombre no solo era alto, flacuchento y con el pelo revuelto, sino que además era corto de vista.

—Nosotros no tenemos establo —le dije.



Arrugó los ojos y lanzó una carcajada.

—En ese caso —dijo—, se lo pinto gratis.

—Trato hecho —sonreí.

Pintó aquel no-establo en menos de un segundo y aún le sobró tiempo. Parecía estar hambriento, así que mi querida esposa Melissa le dio un succulento desayuno tras el cual siguió su camino.

—Volveré —nos dijo agitando la mano.

Los niños y yo seguimos excavando el pozo. ¡Cristo! ¡Aquel sí que era un trabajo duro! Ellos deslizaban un balde y yo lo llenaba de tierra, y luego ellos lo sacaban tirando de un cordel. Los once.

Los días se hicieron más largos y más cálidos. Las moscas desaparecían del aire por la insolación.

Pero aún no había llegado el tiempo adecuado para las langostas.

—Will *jill* hester *chester* peter *polly* tim *tom* mary *larry* la pequeña *clarinda* —tenía que gritar yo desde lo hondo del pozo—. A trabajar. ¡Suban el balde!

—¡Ay, Papá! —se quejó Chester desde la casa que tenía en lo alto de un árbol—. Estoy pensando en plantar una sandía campeona para la Feria. Una de veinticinco kilos.

—Yo creo que plantaré un zapallo —dijo Polly.

Bueno, ¡me estoy impacientando! —dije—. Suban el balde, corderitos míos, y arrojen la tierra fuera. Aún falta una semana para la Feria Comunal.

Al día siguiente se produjo un verdadero chisporroteo. Justo al mediodía los porotos blancos mantecosos empezaron a derretirse en sus vainas. Chorreaban como velas de cera.

No, aún no era ese el tiempo apropiado para las langostas. Esas criaturas patilargas se resfriarían en un día fresquito como aquel.

Por fin terminamos el pozo, con toda la tierra amontonada en una pila al lado.

Más o menos hacia la hora de la comida el campesino flacuchento, alto, chascón y corto de vista, apareció de nuevo.

—¡Buenas! —dijo—. Soy Juan-Cara-Fina de aquí, allá y otros lugares. Le excavaré un pozo de agua a buen precio.

—Ya tenemos pozo —le dije.

—En ese caso, se lo excavaré gratis.

Se quedó a cenar y luego siguió su camino.

—Volveré —dijo, agitando la mano en el aire.

Transcurrió otro día. La bola del sol empezó a salirse de su órbita. ¿Calor? Bueno, a la mañana siguiente hacía un calor tan infernal que un bloque de hielo parecía caliente al tacto. Mamá tuvo que hervir el agua para enfriarlo. Los girasoles a lo largo del camino recogieron sus raíces y corrieron a cobijarse bajo la sombra de los árboles.

Aquel sí que era el tiempo apropiado para las langostas.

Justo después del desayuno llegaron los primeros saltimbanquis. Venían en parejas y en parejas de parejas. Nuestra granja seguía estando verde como una esmeralda y no tenía más remedio que llamarles la atención. Al poco tiempo estaban llegando en grupos de a seis y de a ocho.

Debo admitir que aquellos primeros visitantes nos sorprendieron por su buena educación en la mesa. No escupieron tabaco mascado en ninguna parte. Peter sacó un tarro viejo de café y lo utilizaron de escupidera.

Hacia el mediodía los patilargos estaban llegando en grupos de cincuenta y de cientos. Mordisqueaban nuestros repollos y nuestras lechugas, pero no parecía alarmante. Nosotros podíamos cultivar verduras a mayor velocidad de lo que ellos tardaban en comérselas: de tres a cuatro cosechas al día.

Hacia el atardecer, los visitantes de patas serradas llegaron a cientos y a miles. No me preocupaba. Apenas si vale la pena contar las langostas en tan pequeña cantidad.

—Papá —me dijo Chester en el desayuno—, la Feria Comunal es mañana. Calculo que es hora ya de plantar mis sandías.

—Yo voy a plantar un tomate de campeón —declaró Mary—. Tan grande como una pelota de fútbol.

—Ustedes, niños, usen el corral detrás de la casa —les dije—. Yo quiero plantar toda la granja de maíz.

Las langostas no nos obstaculizaron el camino. Larry y la pequeña Clarinda les daban de comer hojas de nabos con sus propias manos. Planté todo el campo en menos que canta un gallo.

¡Señor! Ese sí que era buen tiempo para plantar maíz. Los tallos salían disparados hacia arriba, con mazorcas balanceantes.

De repente se elevó una nube plateada en el horizonte y se precipitó hacia nosotros.

¡Langostas!

¡Miles de langostas! ¡Millones de langostas! Aún no sabíamos que aquello era el comienzo de la Batalla de las Langostas o, como llegó a llamarse, la Guerra de la Mazorca de McBroom.

—¡Will jill hester chester peter polly tim tommary larry y la pequeña clarinda! —grité—. ¡Escobas y ramas! ¡Fuera con ellas!

Empezamos a gritar y a correr por todas partes agitando nuestras armas. Las langostas revoloteaban sobre nuestro campo de maíz maduro. Deleitaron la vista y salieron volando.



—Hemos conseguido asustarlas —declaró Tim.

—No —dije—. Eso era solo la vanguardia. Han ido en busca del ejército principal; y aquí llegan!

¡Hectáreas de langostas! ¡Kilómetros cuadrados de langostas! Se nos acercaban en manadas como un inmenso rugido de guerra.

¡Escobas y ramas! —grité—. Aquellas diablillas hambrientas se

ataron bien las servilletas bajo la barbilla y se lanzaron al ataque. ¡Cielos! El aire se llenó de tal manera de langostas, que se lanzaba un balde una vez y se llenaba dos veces. Formaron una nube de zumbidos, saltos y brincos. No veíamos prácticamente nada más allá de nuestras narices.

Pero sí que oíamos a las voraces bribonas. Estaban pegándole mordiscos y mascando todo nuestro campo de maíz y escupiendo las corontas peladas. Se tragarón la granja entera hasta el borde mismo de la tierra en, exactamente, cuatro segundos.

Luego se elevaron hacia el aire y se dispusieron a esperar la siguiente cosecha.

—¡Papá! —dijo Chester—. Han devorado mis sandías.

—¡Papá! —gritó Mary—. Ni siquiera han esperado a que maduraran mis tomates. Se los han comido verdes.

—¡Papá! —dijo la pequeña Clarinda—. ¿Qué te ha pasado en los calcetines?

Miré hacia abajo. ¡Dios bendito! Esas tragonas infernales me habían devorado los calcetines hasta dentro de los

zapatos; calcetines verdes, solo habían dejado unos agujeros en los dedos del pie.

Algunos de los niños estallaron en llanto:

—¡No vamos a poder plantar nada para la Feria Comunal!

—Aún no nos han vencido, corderitos míos —dije, pensando con todas mis fuerzas—. Esas langostas nos ganaban en número, pero no en inteligencia. Me voy al pueblo a buscar semillas. Será mejor que saquen del medio las corontas secas.

Me senté al volante de nuestro viejo cacharro con aire acondicionado y al mediodía ya estaba de vuelta con veinticinco kilos de las mejores semillas. Las langostas formaban aún una nube espesa que se agitaba en el cielo; estaban esperando. Los niños habían limpiado la granja y habían botado las corontas peladas sobre los montones de tierra al lado del pozo.

—No tenemos ni un momento que perder —dije—. Ayúdenme a esparcir las semillas.

Al poco rato nuestra granja estaba cubierta de arbustos verdes como una

selva de media hectarea. Aquellas saltarinas chasquearon la lengua y se pegaban entre ellas para llegar primero. Llegaron zumbando, arrasando mordiendo y mascando, y la cosecha desapareció como si se la hubiese tragado un tornado.

Bueno, ¿tenían que haber visto la sorpresa que se llevaron! Aquella primera manada de langostas respiraba puro fuego. Se habían comido un campo de ají picante.

Se largaron pitando, en busca de algo para beber.

Claro que quedaban aún toneladas de langostas. Seguimos echando semillas de ají verde bien picante toda la tarde hasta que no quedaba ni una sola pata saltarina en cien metros a la redonda. Más tarde descubrimos que se habían lanzado hacia un lago en la comarca vecina y se lo habían bebido hasta dejarlo seco.

Pero volverían. Los niños iban a tener que plantar sus trofeos a toda prisa.

—Papá, mira —gritó la pequeña Clarinda.

Estaba apuntando hacia el monte de tierra donde habíamos arrojado las

corontas peladas ¡Dios bendito! A las langostas se les había olvidado una mazorca y acababa de echar raíces a nuestras espaldas. Estaba creciendo un tallo más grande que un árbol.

Aquel montón de tierra era superfértil. Las raíces de aquel maravilloso tallo estaban poniéndose las botas. Empezó a formarse ante nuestros ojos una sola rama de choclo. ¿Grande? Bueno, sí, era más gruesa que un barril y seguía creciendo.

—A mí eso me parece que es de concurso —declaré—. Ustedes pillines, lo harán de dos en dos.

Jill y Hester y Polly treparon hasta su casa en la copa del árbol para mantener un ojo alerta a las langostas. Aquella coronta de choclo siguió creciendo en altura y siguió engordando. ¡Qué belleza! El tallo empezó a doblarse bajo su peso. Y estaba madurando rápidamente.

¡Pero no se crean que nosotros dejamos de trabajar! Atamos varias cuerdas alrededor de la mazorca para poderla descolgar con facilidad. Will trepó por una escalera con una sierra y se puso manos a

la obra. Le debió costar cinco minutos enteros de duro trabajo serrar aquella mazorca gigante de su tallo.

La bajamos con ayuda de las cuerdas. En serio, no podíamos creer lo que veíamos. Aquella mazorca de choclo era tan grande que no se abarcaba de una sola mirada. Había que mirar dos veces.

—Langostas —gritó Jill desde la casa del árbol—. Vienen langostas, Papá.

—Rápido —dije—. ¡A casa!

Tuvimos que echar una mano todos para transportar la mazorca de choclo. Pero no cabía por la puerta, ni tampoco por la ventana.

—¡El pozo! —grité.

La descolgamos con las sogas y cubrimos bien el pozo con algunas láminas oxidadas de latón ondulado. ¡Justo a tiempo! Las langostas habían divisado nuestra enorme mazorca desde el cielo y venían zumbando por toda la granja como una ventisca esmeralda. Pero no consiguieron acercarse a la mazorca de choclo.

—Aquí estará a salvo durante la noche —dije.



—¿Y cómo vamos a conseguir transportarla mañana hasta la Feria por entre las langostas? —preguntó Mary.

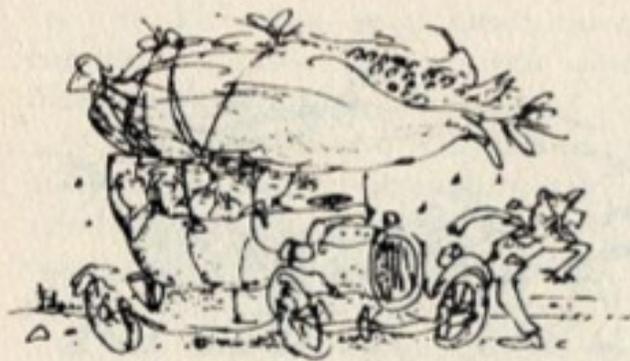
No tengo que decirles que este problema me dejó toda la noche en vela. Hacia las cuatro de la mañana salté de la cama y desperté a los niños.

—¡Escobas y baldes! —grité—. Síganme.

Salimos de puntillas, con cuidado de no despertar a las saltimbanquis. Sin hacer ruido sacamos nuestra mazorca de choclo del pozo y volvimos a colocar las láminas de latón ondulado. Luego rellené los baldes del cobertizo.

—Empiecen a pintar —susurré.

Los niños empaparon sus escobas



y pintaron la coronta gigante de un extremo a otro.

Al amanecer, las langostas se levantaron del campo y se dispusieron a procurarse el desayuno. Enfilaron derechas hacia el pozo, dándose de cabezazos contra el latón oxidado. ¡Dios! ¡Qué barullo! Creían que nuestra enorme mazorca estaba aún dentro.

Pero estaba bien a la vista. Solo que no la reconocieron. La mazorca ya no era verde. La habíamos pintado de blanco, con cal.

La pusimos sobre el techo de la vieja burra y la amarramos bien.

—Todos adentro —sonrei, poniendo el motor en marcha—. ¡Nos vamos a la Feria!

Justo en ese momento, Juan-Cara-Fina se nos acercó.

—Buenas —sonrió—. Les pintaré la casa a buen precio.

—Oh, ya lo creo que me gustaría —dijo mamá—. De rojo con los marcos de las ventanas de blanco.

—Trato hecho —dije—. Encontrarás pintura en el galpón —y nos largamos.

Bueno, tenían que haber visto a la gente volviendo las cabezas a nuestro paso. ¿Qué era aquello encima del techo de nuestro auto? ¿Una mazorca de choclo? ¡No señor! Ningún granjero puede cosechar choclo tan enorme. ¡Y además blanco como la tiza!

Seguimos caminando a tropezones por el sendero de tierra, siguiendo las señales que anunciaban la Feria Comunal. El paisaje nos gustó: graneros y silos y vacas rumiando sus pastos a la sombra.

—¿Cuánto falta? —preguntó Polly.

—Unos cinco o seis kilómetros —le respondí—. Ten paciencia.

Me di cuenta de que los molinos de la pradera empezaban a girar. Se estaba acercando un viento caliente que arrastraba con él una nube. Se podía oír el estruendo de los truenos.

—¿Cuánto falta? —preguntó Tim.

—Tres o cuatro kilómetros, ten paciencia.

Pero no me gustó nada el aspecto de aquella nube. Se oscureció y se hizo más pesada y empezó a soplar en nuestra dirección.

—Todas las cabezas para dentro —les grité a los niños—. Se avecina una tormenta con truenos.

Nos encontramos con la tormenta a los pocos metros. No resultó gran cosa, pero aquellas gotas estaban tan calientes que casi quemaban. Rebotaban como chispas sobre la carrocería. Un segundo más tarde el cielo estaba otra vez azul y habíamos dejado atrás el aguacero estival.

—¿Cuánto falta, papá? —preguntó Mary.

—Dos o tres kilómetros —contesté—. Ten paciencia.

—Papá —dijo Will. No se había preocupado de meter la cabeza dentro del auto y tenía el pelo mojado—. Papá mira lo que le ha pasado a nuestro choclo.

Frené y salí disparado a ver lo que había sucedido. ¡Por todos los cielos! Las hojas de la coronta habían recuperado su color verde esmeralda. Aquel aguacero estival se había llevado toda la cal.

Salté de un brinco al volante y salimos pitando.

—¡Atención a las langostas! —grité.

—Estoy atenta, papá —contestó la pequeña Clarinda—. ¡Vienen por ahí!

Bueno, menuda carrera. Los saltimbanquis venían gruñendo a nuestras espaldas en formación de guerra. El viejo cacharro rechinaba y gruñía y chirriaba pero no nos abandonaba. Tropezamos contra algunos baches y saltamos por encima de otros.

Nos están alcanzando, papá.

Tenía el pie apoyado a fondo en el acelerador. Pronto divisamos las banderas y los estandartes de la Feria Comunal a unos pasos de nosotros.

Pero no fue lo suficientemente pronto. Los primeros saltimbanquis estaban aterrizando sobre el techo y podíamos oír cómo rasgaban y rompían las hojas de la mazorca. Para cuando llegamos a los terrenos de la Feria no quedaba más que la mazorca, completamente desnuda.

Pero la vieja burra empezó a disparar a su vez, explotando, aporreando y tronando dientes de mala manera. Los saltimbanquis saltaron a medio kilómetro de distancia y conseguimos llegar a los terrenos de la Feria.

Me precipité directamente hasta dentro del pabellón de exposiciones principal y frené.

—Cierren todas las puertas —grité— ¡Langostas! ¡Vienen langostas!

Las puertas se cerraron y, por fin, pudimos respirar tranquilos. La gente empezó a arremolinarse a nuestro alrededor; según levantaban los ojos, las bocas se les abrían atónitas ante nuestra mazorca de choclo. Y les aseguro que aquellas pícaras hambrientas la habrían pelado hasta el mismísimo grano.

La levantamos del techo y la colocamos en la exposición sobre dos mesas de picnic. Los jueces se nos acercaron y nos preguntaron con qué nombre debían presentarla.

—McBroom —sonreí—. *Willjillhesterchesterpeterpollytimtonmarylarryyla pequeña clarinda* McBroom.

Bueno, obtuvo el primer, segundo y tercer premios, además de la mención de honor. ¡Pero, señor, sí que estaba recalentándose aquel pabellón con las puertas todas cerradas!

Los niños se pusieron en fila para que les sacasen fotos en el periódico local. Se veía una enorme sonrisa que iba desde Will en un extremo hasta la pequeña Clarinda en el otro. El sol de mediodía seguía batiendo implacable contra el tejado y, de repente, se oyó un golpe muy fuerte.

Al principio pensé que había sido nuestro cacharro cansado. Pero no. Era la enorme mazorca, nuestra mazorca ganadora de premios ¡que había empezado a estallar! En el interior de aquel edificio hacía un calor tan infernal que era un perfecto horno de cabritas.

Bueno, ¡el medio ruido que se armó! Los granos se hinchaban y estallaban como enormes bolas de cañón. Rebotaban en el techo y en las paredes. ¡Pop-pop-pop! ¡Pop! ¡Pop-pop-pop-pop! Alguna gente se escondía y otros corrían. El choclo iba explotando por filas, una tras otra. Las cabritas volaban por todas partes y se estaban amontonando como en una enorme nevada. ¡Pop-pop-pop-pop-pop-pop-pop! En menos que canta un gallo estábamos todos enterrados bajo aquellas cabritas livianas y esponjosas. Se hincharon hasta tocar el techo y forzar las puertas. Habían llenado todo el pabellón de un extremo a otro.

No quedaba ni una sola langosta a la vista. Todo aquel estruendo las había ahuyentado volando. A mi entender, se encaminaban hacia la luna. Seguramente habían oído que estaba hecha de queso verde. Nunca más las vimos.

Nos quedamos toda la tarde: todo el mundo se quedó. La gente derritió baldes de mantequilla premiada y alguien se fue al pueblo a buscar barriles de sal. Teníamos cabritas frescas para dar y tomar.

Con sal y mantequilla estaban deliciosas. Con un grano había suficiente para alimentar a una familia entera.

¿Les he dicho ya que antes viviría encaramado en un árbol que faltar a la verdad? Bueno, pues cuando volvimos a casa aquella noche encontramos nuestra casa mordida, mascada y devorada hasta los cimientos.

El tal Juan-Cara-Fina no solo era alto, delgado, chascón y corto de vista. También era daltónico. Pintó la casa de verde.

Sí, es verdad que se está un poco apretado aquí arriba en la casa del árbol, con todos los niños. Pero, por otra parte, ¡qué bonitas quedan todas estas cintas que nos entregaron con el premio!



El fantasma de McBroom

¿Fantasmas? ¡Vaya si los hubo! Les puedo contar una o tres cosillas sobre los fantasmas. Tan cierto como que me llamo Josh McBroom que estuvo rondándonos un espíritu en nuestra maravillosa granja de media hectárea.

No sé cuándo se instaló entre nosotros ese maldito puñado de huesos viejos, pero sospecho que fue cuando construimos nuestra nueva casa por vez primera. Fue también un invierno inusualmente frío, pero no tan frío como para que un hombre honrado fuese por ahí contando mentiras sobre él. De todos modos, había que tener cuidado con los fósforos que prendíamos. La llama se congelaba y había que esperar a que el frío aminorase para apagarla.

Algunos de los más viejos de la

comarca afirmaban que no era más que un invierno tibio aquí en la pradera. Nada que pudiera constar en los anales. De todos modos, perdimos nuestro gallo Tontolín. Saltó sobre una pila de leña, cacareó al amanecer y el pobre se quedó al momento congelado y duro como el cristal.

Tal como lo cuento, aquel fantasma estaba metodeando por los alrededores y se convirtió en hielo en nuestra granja.

Los niños fueron los primeros en descubrir a la maldita criatura. Había llegado la brisa templada de marzo y habían salido afuera a jugar. Yo estaba arremolinado en cama con laringitis, llevaba tres días sin poder hablar más alto que un susurro. Pasaba el tiempo escuchando la banda de John Philip Sousa en nuestra vitrola. ¡Señor! ¡Sí que sonaban bien aquellos flautines!

De repente, los niños volvieron con una expresión algo extraña en la cara.

—Papá —dijo el más pequeño, Larry—. Papá, ¿se convierten alguna vez los gallos en fantasmas?

Intenté aclararme la garganta.

—Nunca he oído nada por el estilo.



—Pues acabamos de oír en este momento al viejo Tontolín cacareando —dijo nuestra hija mayor, Jill.

—Imposible, corderitos míos —susurré, y salieron a retozar al sol de nuevo.

Volví a darle a la manivela de la vitrola. La banda del Sr. Sousa apareció marchando y gorjeando con su corneta matutina. De repente los niños volvieron: ¡los once!

—Lo hemos oído otra vez —dijo Will.

—Qui-qui-ri-quí —cacareó la

pequeña Clarinda—. Más claro que el agua, papá. Al lado de la pila de leña.

Negué con la cabeza.

—Seguro que son los flautines del Sr. Sousa lo que están oyendo —dije algo enojado y salieron de nuevo a jugar.

Le di de nuevo a la manivela y antes de que me diera cuenta estaban todos de vuelta otra vez.

—¿Si, papá? —dijo Will.

—¿Si, papá? —dijo Jill.

—¿Has llamado, papá? —dijo Hester.

Levanté la aguja del disco y me quedé mirándoles.

—¿Llamar? —croé. Luego me reí con voz ronca—. Pero si saben que no puedo subir la voz por encima de un susurro. ¡Pues sí que están hechos unos buenos pícaros hoy!

—Pero te oímos, papá —dijo Hester.

—¡Willjillhesterchesterpeterpollytimtommarylarryyla pequeña clarinda —dijo Polly—. Era tu mismísima voz, papá. Más clara que el agua.

Bueno, después de eso no querían ni oír hablar de salir afuera a jugar. Estaban

seguros de que andaba suelto algo muy amedrentador. ¡Y tan seguros! A la mañana siguiente nos despertó al amanecer el cacareo de un gallo. Sí que sonaba como el viejo Tontolín. Pero yo dije:

—Seguro que Heck Jones se ha conseguido un gallo. Eso es lo que oímos.

—Pero si Heck Jones no tiene pollos —me recordó mi querida esposa Melissa—. Sabes que está criando chanchos, papá. Los cerdos más malos y más salvajes que he visto jamás. Seguro que con la intención de arrancar todas las raíces de nuestra granja y hacer que nos vayamos.

Heck Jones era nuestro vecino y un tormento todopoderoso para nosotros. Era alto y flacuchento y tan malvado y de mal agüero como esos chanchos de Arkansas que criaba. Intentó más de una vez apropiarse de nuestra rica granja de media hectárea.

No me hubiese sorprendido que emitiera él mismo aquellos ruidos extraños. Pues bien, si se había creído que podía ahuyentarnos de nuestra propiedad ¡estaba totalmente equivocado!



Para cuando conseguí reponerme de la laringitis, los niños tenían miedo de salir de casa. Se limitaban a mirar por las ventanas. Afuera merodeaba algo. Estaban seguros.

Así que me arropé bien y salí con paso firme en busca de las huellas de las pisadas de Heck Jones. Pues bien, apenas había alcanzado la pila de leña cuando salió una voz silbando del aire:

—*Will jill hester, best, pter polly
tintommary larry lapequeña clarinda!*

Aquella voz sonaba exactamente igual que la mía. Giré en redondo.

Pero no se veía un alma viviente en los alrededores.

No me importa admitir que se me pusieron los pelos de punta desde la mismísima raíz. El sombrero me salió disparado.

Y ni trazos de huellas por ninguna parte.

—¿Crees que la granja estará encantada? —preguntó Larry.

—No —respondí con firmeza—. Los fantasmas arrastran cadenas y lanzan lamentos como el viento y llaman a las puertas.

Justo en ese momento se oyó una llamada a la puerta. Los niños clavaron sus miradas en mí; mamá también.

Pues bien, me levanté y abrí la puerta, y no había nadie. Entonces fue cuando tuve que admitir que había un espectro deambulando por nuestra propiedad. Y, ¡Jesús!, ¡que criatura más cómica y bromista! Cuando no imitaba a Tontolín, me imitaba a mí.

Bueno, no puedo decir que durmiéramos muy bien después de aquello. Algunas noches yo no pegué ojo. Mantenía

un ojo bien abierto por si aparecía el espectro, pero nunca se dejaba ver.

Finalmente, mamá y los niños empezaron a hablar de abandonar la granja. Luego vino otra racha de tiempo frío que duró tres semanas y aquel espíritu no hizo el menor ruido. Nos imaginamos que se habría ido.

Respiramos mejor, ¡les aseguro! Ya nadie decía nada de abandonar la granja. Los niños se pasaban el día consultando las páginas de los almanaques y todos escuchábamos la vitrola.

—Papá, nos encantaría tener un perro —dijo Jill un día.

—No encontrarán perros en los almanaques, corderitos míos —dije.

—Ya lo sabemos, papá —dijo Chester—. Pero, ¿no podríamos tener un perro? ¿Un perro de granja grande y peludo?

Yo agité la cabeza con tristeza. Un perro sería la ruina de nuestra granja inmensamente rica de media hectárea. No había nada que no creciera en aquella granja nuestra extraordinaria, y más rápido que una huida.

Me acordé de aquel día en que la pequeña Clarinda había perdido uno de sus dientes de leche. Cuando por fin lo encontramos, el diente había crecido tanto que tuvimos que montar un aparejo de poleas para extraerlo.

—No —dije—. Los perros excavan agujeros y entierran huesos. Crecerían hasta un tamaño de troncos. Lo siento, corderitos míos.

Las estalactitas de las cornisas empezaron a derretirse con las primeras brisas de la primavera: de nuevo oímos llamar a la puerta.

¡Había vuelto el fantasma!

Aquella noche los niños durmieron todos amontonados unos encima de otros en la misma cama. Y a mí, ¡me tenían que haber visto paseándome a zancadas de un extremo a otro de la casa! Aquel espectro llamando a la puerta, cacareando como un gallo e imitándome, iba a conseguir écharnos de la granja, a no ser que lo echara yo a él antes.

A la mañana siguiente, bien temprano, me dirigí al pueblo sorteando los

72
barriales. Todo el mundo decía que la Viuda Avispaseca era una adivina y que podía ver a los fantasmas.

Lo primero que hice fue visitarla. Era una dama diminuta que se dedicaba a la compraventa de ropa usada. Pero, ¡maldición! Estaba perdiendo la vista y me dijo que ya no era capaz de atisbar fantasmas.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —le pregunté al tiempo que me roían los tobillos un puñado de cachorrillos mestizos.

—Es muy sencillo —dijo la Viuda Avispaseca—. Quema una pila de zapatos viejos. Es un truco para ahuyentar fantasmas que nunca falla.

Bueno, a mí eso me parecía una solemne tontería, pero estaba desesperado. Empezó a rebuscar entre los harapos y las ropas viejas y le compré todos los zapatos usados y de segunda mano que pude encontrar.

—Necesitaria también un perro —dijo.

Se me dispararon las cejas.

—¿Un perro?

—Claro —dijo—. Claro. ¿Cómo



va a saber usted si ha conseguido ahuyentar el fantasma sin un perro? Los perros ven a los fantasmas. Los mejores son los mestizos. Cuando se les erizan las orejas y se quedan inintóviles y alertas como un perro de caza, se sabe que están encarando directamente a un fantasma. Entonces hace falta quemar más zapatos.

Así que le compré uno de sus cachorros de enormes orejas flácidas y emprendí el camino de regreso a la granja con un gran cesto de paja cargado de zapatos viejos. A medida que me aproximaba a la casa vi las caras de los niños pegadas a las ventanas. Los flautines estaban lanzando alegremente sus notas al aire.

Pero, ¡maldición! Cuando abrí la puerta vi que nadie había colocado el disco en la vitrola.

—¡Dios confunda a ese fantasma! —exploté—. Ahora está imitando la banda entera de John Philip Sousa.

Claro que los niños no podían creer que yo hubiera traído un perro a casa. Era la primera vez en todo el invierno que vi sonrisas en sus caras. ¡Y bien que se arremolinaban a su alrededor! Me prometieron que tendrían mucho cuidado de que no enterrara ningún hueso.

No perdí mucho tiempo en quemar aquel montón de zapatos. ¡Jesús! ¡Qué olor más infernalmente fuerte! Me podía imaginar a aquel espectro sujetándose la nariz y huyendo despavorido para no volver jamás.

Después de aquello, todos los días llevábamos al cachorro a dar una vuelta por toda la granja y ni una sola vez levantó las orejas en estado de alerta.

—¡Por todos los santos! —exclamó finalmente—. ¡Estos zapatos viejos lo han conseguido! ¡El fantasma ha desaparecido!

Para entonces los peques ya habían elegido un nombre para el cachorro. Lo llamaron Zip. Se convirtió en el perro granjero más guapo que yo había visto jamás. Aquella tierra fértil que teníamos estaba ya piando por producir, y empezamos a plantar nuestras primeras cosechas de primavera: recogimos una cosecha de tomates y dos de zanahorias el primer día. En menos que canta un gallo, los niños enseñaron a Zip a escavar un surco. Y más derecho que una ristra de ajos.

Pero no acabaron nuestras desdichas por haber ahuyentado a aquel fantasma. Una mañana que hacía un calor de todos los demonios plantamos toda la granja con chocho. Los tallos salieron brotando por entre la tierra, echando hojas y agitando

sus mazorcas. Les aseguro: los chanchos de Heck Jones actuaron como si hubiese sonado el gong de la comida. ¡Dios me libre! Se nos echaron encima en manada resoplando, chillando y gruñendo como locos.

—¡Will jill hester chester peter polly tim tommary larry la pequeña clarinda! —grité—. ¡Y Zip! ¡Rápido! ¡Patitas para que las quiero!

Aquellos chanchos medio salvajes rompieron los tallos y se atestaron de



mazorcas de choclo dulce. Y luego se pusieron a desenterrar todas las raíces de la granja en busca de las zanahorias sobrantes.

Bueno, por fin, se largaron aquellos chanchos con los estómagos rozándose el suelo, y yo me fui tras ellos.

—Heck Jones —dije. Estaba de pie, en medio de una nube de moscas y comiéndose una torta de chancaca y azúcar morena que atraía a las moscas y lo mantenía bien ocupado intentando quitárselas de encima—. Heck Jones, para mí que ha estado usted matando de hambre a sus puercos.

—¡Dios me libre! ¡Pues no me parece a mí que se vean demasiado famélicos! —replicó con retintín, aguantándose la risa, al tiempo que espantaba las moscas de su torta de chancaca—. Véalo usted mismo, vecino.

—Heck Jones —le dije con resolución—. Si piensa criar chanchos le aconsejo que se procure usted mismo con qué alimentarlos.

—No hace falta vecino —se rió—. Hay comida más que suficiente en

los alrededores y los chanchos saben procurársela ellos mismos. Claro que si está usted dándole vueltas a la idea de abandonar la labranza, puedo hacerle una oferta para ese trozo de tierra que está trabajando.

—Heck Jones —le dije por última vez. Apenas si podía verle por entre la nube de moscas—. Se confunde usted si piensa que con sus chanchos nos va a echar de aquí. O controla a esos cerdos asquerosos o tendrá que habérselas con la ley.

—No hay ley que diga que tengo que tener a mis chanchos controlados —dijo, tragándose de un bocado el resto de su torta junto con algunas moscas—. Y además, vecino, no hay pocilga que pueda controlar a esos bribones.

Bueno, admiré que en eso tenía razón. Colocamos vallas en torno a nuestra granja, pero aquellos chanchos infernales arrancaron las vallas de cuajo y despararraron los trozos de madera por todas partes como un ciclón. Pusimos alambres de espinos. Solo los detuvo el tiempo que tardaron en rascarse las espaldas. A aquellos

chanchos el alambre de púas no les producía más que placer.

Les diré que luchamos contra aquellos chanchos toda la primavera y el verano enteros. Plantamos una cosecha de cactus, pero ni eso fue capaz de mantener alejada a la piara. Se comieron los cactus y se limpiaron los dientes con las espinas.

Todo aquel tiempo Heck Jones seguía sobre la loma del monte comiendo tortas de chancaca y haciendo «jii-jii, jii-jii». Los chanchos se le pusieron rollizos. Apenas si conseguimos rescatar comida suficiente para nuestra propia mesa.

Otra temporada así nos arruinaría.

Entonces se terminó el verano y supimos que nos esperaba un invierno frío como pocos. Iba a ser un invierno espantosamente frío. Había ya indicios.

Recuerdo que los niños se habían ido a pescar en los últimos días de mayo y habían traído a la casa una trucha. Aquella trucha, de tanto frío que hacía, había criado un abrigo de pelo para el invierno.

Y eso no fue todo. Después de la primavera nevada, los niños construyeron

un muñeco de nieve. A la mañana siguiente había desaparecido. Más tarde descubrimos que el muñeco de nieve se había ido hacia el sur a pasar el invierno.

Bueno, pues resultó que fue el invierno de la Gran Helada. No pretendo desviarme de los hechos, pero recuerdo claramente el día en que Polly dejó caer su peine al suelo y cuando lo recogió las púas estaban castañeteando.

Como descubrimos más tarde, aquel no fue más que un día moderadamente frío en el Invierno de la Gran Helada. La temperatura seguía descendiendo y yo debo admitir que empezaron a suceder algunas cosas verdaderamente insólitas.

Entre otras, al humo le dio por congelarse en la chimenea. Yo tenía que reventarlo con la escopeta tres veces al día. Y apenas nos sentábamos a tomarnos un plato de sopa bien caliente preparada por mamá, ya se le había formado una costra de hielo encima. Las niñas ponían la mesa con cuchillo, tenedor, cuchara y un martillo para romper hielo.

Bueno, la temperatura siguió bajando, pero no nos quejábamos. Al menos no había fantasma alguno revoloteando por los alrededores y los chanchos de Heck Jones se quedaban en su casa y los niños tenían un perro con el que jugar. Yo seguía dándole a la manivela de la vitrola.

Entonces se instaló la Gran Helada.

Los graneros rojos de todos los alrededores se pusieron azules de frío. ¡Más de un testigo les podría confirmar!

Un día la temperatura bajó tanto que la luz del sol se congeló en el suelo.

No, si yo tampoco lo creí. Así que partí un trozo, lo puse en una sartén y me lo traje a casa. Y, ¡ya lo creo!, por la noche pude leerles a los niños con el resplandor de aquel trozo de sol de invierno.

Claro que nos llegó nuestra ración de lobos merodeando. Más de una noche, a través de las ventanas, podíamos ver grandes manadas intentando aullar con todas sus ganas. Sospecho que tenían laringitis. Aquellos lobos eran incapaces de articular sonido alguno. Daba pena.

Bueno, por fin llegó el deshielo con la primavera. Recuerdo que salí afuera y lo primero que oí fue una voz.

—*Jii-jii.*

—¿Qué fechoría estás planeando ahora, Heck Jones? —le respondí.

Pero al mirar a mi alrededor me di cuenta de que no había alma alguna en la granja aparte de mí.

Entonces lo supe. Se me erizaron los pelos, tirándome el sombrero por los suelos. Aquel fantasma que llamaba a la puerta, que cacareaba como un gallo, que me imitaba y que *jii-jiiaba*, ¡había vuelto!

—¡Zip! —grité, y empezamos a rastrear toda la granja. Comenzaron a surgir voces a nuestras espaldas y delante de nosotros y alrededor de la pila de leña.

Pero aquel perro nuestro no erizó las orejas ni una sola vez.

—¡Por todos los demonios! —les refunfuñé a mamá y a los niños—. Zip es incapaz de ver a los fantasmas.

El perro bastardo sabía que me había decepcionado enormemente. Salió

disparado como un rayo de entre mis piernas y excavó un surco recto como una ristra de ajos y más rápido que nunca. Cuando consiguió hacerme sonreír con aquello, salió zumbando hacia el depósito de maíz y me trajo una mazorca entre los dientes. Nos había visto plantar muchas veces. Salió corriendo de nuevo hacia el surco, desgranando la mazorca con los dientes y plantando los granos con la punta del hocico.

—Tal vez Zip no pueda ver fantasmas —dijo Will—; pero es un perro granjero tremendamente listo. Papá, ¿no podríamos quedarnos con él para siempre?

No tuve tiempo de responder. A medida que se disparaban los tallos de maíz, apareció Heck Jones comiéndose una torta de chancaca en lo alto del cerro. En ese mismo instante sus chanchos feroces se nos acercaron tronando: y aquella piara infernal comenzó a trinar como una orquesta de flautines.

—A casa todos, rápido —grité.

Corrimos todos menos Zip. El choclo estaba madurando rápidamente y tenía intención de cosecharlo.

Salí de nuevo corriendo para agarrarle, pero de repente aquel maldito fantasma cambió la cancioncita. Empezó a aullar como una manada entera de lobos salvajes.

Jamás se habían oído antes aullidos semejantes. Hasta frenaron en seco a los chanchos. Les aseguro que casi se dejan la piel detrás. Aquel fantasma no hacía más que ladrar y aullar por todas partes. Heck Jones no tuvo oportunidad de *jiar* más. Los chanchos se dieron media vuelta. Lo pisotearon en el barro y siguieron corriendo, aunque uno de ellos sí que dio media vuelta a buscar el pedazo de torta de chancaca. ¡Señor! ¡Cómo corrían! Más tarde oí que no pararon hasta llegar de vuelta a Arkansas, donde la gente se creyó que eran conejillos de Indias. De tan flacuchos que habían quedado.

—Sí, corderitos míos —les dije a los niños—. Creo que nos quedamos al viejo Zip. Miren cómo está cosechando el choclo.

Pues bien, nos habíamos librado de los chanchos salvajes de Heck Jones, pero aún teníamos a aquel espectro

merodeando. Los niños no se olvidaban de tener miedo y se escondían detrás de las puertas.

Me quedé parado rascándome la cabeza. Por todas partes se oían sonidos a través del aire. Como si no bastara con aquellos aullidos y ladridos propios de una manada entera de lobos, aquel fantasma incorporó toda la banda del Sr. Sousa. Debo admitir que los flautines eran perfectos.



Seguí rascándome y, de repente, me dije a mí mismo: «Pero bueno, ¿si aquí no hay fantasma que valga! No es de extrañar que el pobre Zip no fuera capaz de descubrirlo».

¡Dios bendito! Ahora lo veía claro. Jamás había habido fantasma alguno rondando. No se trataba más que de una mala pasada que nos había jugado el tiempo. No es de extrañar que no hubiéramos podido oír a los lobos en medio del invierno: ¡los sonidos se habían congelado!

Y ahora todos aquellos sonidos se estaban *descongelando*.

Bueno, no tardé mucho en conseguir que los niños salieran de nuevo y, al poco tiempo, estaban ya oyendo divertidos los golpes en la puerta y los aullidos de los lobos y los disparos de escopeta tres veces al día desde lo alto de la chimenea.

Y ¡vieron cómo se reían de los chanchos salvajes de Heck Jones ahuyentados por los aullidos y ladridos de los lobos del invierno pasado!

Pues bien, esa es la pura verdad

sobre los inviernos de la pradera y sobre el fantasma de McBroom: les doy mi palabra de honor.

